

Consecuencias éticas del naturalismo deweyano

Miguel Catalán

En el artículo se describe el naturalismo de John Dewey en su aspecto reactivo ante el dualismo antropológico de la filosofía tradicional, que separa al hombre de la naturaleza. La indistinción propugnada por Dewey, si bien contiene elementos innovadores de gran valor, también encierra consecuencias éticas inaceptables, tales como la asimilación de los ideales culturales de dignidad e igualdad a los llamados fines de la naturaleza.

El naturalismo deweyano

El modo más extendido de entender el naturalismo sostiene que para esta doctrina la explicación última de todos los hechos y procesos ha de buscarse en causas naturales, y consecuentemente que las facultades más elevadas del hombre no precisan explicación supranatural.

El naturalismo de John Dewey, desarrollado sobre todo en *Experience and Nature*, puede perfectamente dar nombre a su filosofía, la cual implica que la naturaleza orienta con sus rasgos la conducta del hombre. El naturalismo proporeiona a Dewey un marco desde el que poder combatir lo que él llama el «dualismo básico», el cual contrapone el hombre a la naturaleza (o a la experiencia):

«El término “naturalista” tiene muchos significados. Como lo hemos empleado aquí significa, por una parte, que no hay brecha de continuidad entre las operaciones de la investigación y las operaciones biológicas y físicas. “Continuidad”, por otra parte, significa que las operaciones racionales *proceden* de las actividades orgáni-

cas, sin ser idénticas a aquellas de las cuales emergen¹.

Característico del naturalismo deweyano es que el conjunto de las capacidades humanas proceda de un desarrollo gradual a partir de su origen biológico. Por lo tanto, si los más altos fines y valores del hombre surgen de la naturaleza y no de un reino supranatural, la conducta humana podría ser estudiada como un fenómeno natural con unas cualidades específicamente humanas, y la moral como un tipo de comportamiento influido por su naturaleza, así como por la novedad de un ambiente cultural y social propio.

No por su origen modesto se menoscabaría la dignidad del hombre, sino al contrario. Cuando contemplamos las obras realizadas por la especie humana, parece decir Dewey, se nos aparecen como doblemente admirables al tener en cuenta su origen en las entrañas de los procesos meramente biológicos. La originalidad y dignidad del hombre en Dewey, como en Pico della Mirandola, consiste más bien en los resultados que en las condiciones de partida.

Señalemos que esta línea de pensamiento no es privativa de Dewey, sino que presenta un cierto aire de familia pragmatista. En las *Variedades de la experiencia religiosa* W. James trata el origen neuropático de ciertas aficciones superiores como la religiosidad o la actividad artística genial, y frente a la idea de que su origen biológico menoscaba la grandeza de tales aficciones, James pregunta: ¿a qué preocuparnos por las condiciones existenciales cuando lo significativo es la capacidad para, partiendo de cualesquiera condiciones, producir esos resultados admirables?²

La naturaleza no aparece en Dewey como pre-humana, sino como humana³. Como afirma Nathanson, no hay una naturaleza escondida tras la Naturaleza que explique ésta, sino que naturaleza es la suma total de la experiencia⁴, y la posición existencialista de un hombre «arrojado» a la corriente natural carece de sentido en Dewey. Si no contamos con principios externos a la naturaleza, y formamos parte de la misma, ya estamos actuando en ella y desde ella. El hombre, pues, no es que deba intervenir en la marcha del Universo, sino que ya interviene de hecho; de lo que se trata entonces es de hacerlo a conciencia, sin dejar nuestra intervención a merced de una «moralidad accidental».

¹ DEWEY, John, *Logic*, en *Collected Works*, Illinois: Southern Illinois University Press, *Later Works*, vol XII (1986), p. 26.

² Vid. JAMES, William, *The Varieties of Religious Experience*, Londres y Glasgow; Collins, 1960, pp. 42-45.

³ Esta especie de ósmosis entre hombre y naturaleza ha sido criticada por Woodbridge, p. ej., quien en la p. 493 de «Experience and Dialectic» (en DEWEY, J., *Collected Works*, ed. cit., *Later Works*, vol. V, pp. 487-495) se queja de la antropomorfización de la Naturaleza. Si erramos nosotros, ella contiene el error; si somos inestables, ella es inestable, etc.

⁴ NATHANSON, J., *John Dewey: la reconstrucción de la vida democrática*. México, D.F.: Guaranía, s. d. (edición original: *John Dewey: Reconstruction of Democratic Life*, Nueva York: Scribner, 1951), p.53.

El dualismo antropológico y sus formas

Lo que busca Dewey al establecer una ósmosis radical entre hombre y naturaleza es eliminar el dualismo antropológico, el cual pretende desvincular al género humano de la naturaleza. Las capacidades psicológica, gnoseológica y metafísica aplicadas al concepto de hombre conllevan una separación del suelo nutricional y una levitación moral respecto a la tierra que nos formó. En ocasiones Dewey pone en lugar de «hombre» la palabra «experiencia» y en otras «cultura», pero la contraposición alude siempre a la ruptura del anclaje natural.

Se pueden extraer de las ideas de Dewey dos versiones del dualismo antropológico en relación con la naturaleza humana: la versión de la *natura vitanda*, según la cual la naturaleza humana resulta extraña al verdadero ser del hombre y de condición maléfica, y la versión idealizada, según la cual la naturaleza humana resulta extraña al hombre (o tan remota que de hecho sus efectos resultan los mismos que si fuera extraña) y de condición benéfica.

El tópico de la *natura vitanda* encarna una primera versión de corte teológico por la cual la naturaleza humana estaría contaminada de los defectos propios de lo exterior, lo aparente y lo impuro que el dualismo metafísico asigna a la materia. Sólo mediante un apartamiento de sus tentaciones por parte del elemento espiritual del hombre sería posible vivir moralmente. El siguiente pasaje bien podría evocar el mito del Pecado Original:

«Se la ha presentado (a la naturaleza humana) tan malignamente dispuesta que la labor de la moralidad era recortarla y someterla; hubiera sido mejor poder sustituirla por otra cosa. Se ha supuesto que la moralidad sería superflua de no ser por la debilidad inherente, rayando en la depravación, de la naturaleza humana»⁵.

Bajo su advocación, los preceptos morales pretenden debilitar la naturaleza humana, y adoptan para ello la forma negativa: acatar las prohibiciones, evitar ciertos actos, no pensar en ciertas cosas. Dewey declara con insospechados matices nietzscheanos e inusual vigor literario que la maldad de la gente buena es una revancha de la naturaleza humana contra quienes la desprecian en nombre de la moralidad:

«Su forma más común (de la moralidad negativa) es el mimetismo de una respetabilidad neutral, de una insipidez de carácter (...). La limpieza de culpa social es el distintivo usual de la bondad, pues indica que se ha evitado el mal. La mejor manera de evitar la culpa es siendo tan parecido a todos los demás que uno pase desa-

⁵ DEWEY, John, *Human Nature and Conduct*, en DEWEY, J., *Collected Works*, ed. cit., Middle Works, vol XIV, (1988), p.4.

percibido (...) La moralidad convencional es una moralidad gris, en la cual lo único fatal es ser conspicuo⁶.

La mixtificación opuesta consiste en idealizar la naturaleza humana.

Frente a la *natura vitanda*, se glorifican ideales individualistas cuya realización cae fuera del marco social, al cual se considera un añadido posterior al hombre original, un mero postizo⁷; así, se tiende a confundir la satisfacción ilimitada de los apetitos con la realización de la personalidad.

En general, se da una oposición por sistema a la moralidad convencional, cayendo en otra forma extrema, sólo que de signo contrario, del dualismo antropológico. Esta forma de concebir la naturaleza humana da lugar a los ideales puros y a las utopías, igualmente ineficaces e inalcanzables, y a la doble moral de los puros ideales y de la baja conducta, así como de la ética y de la política, de los medios y de los fines.

Adoptemos el modelo de naturaleza que adoptemos, si el origen del mismo es dualista, habrá consecuencias sociales y morales de largo alcance.

Por una parte, el puritanismo moral: la preocupación hipocondríaca por la pureza de los ideales y el estado de gracia del alma, con descuido de la situación de las otras personas, excepto en la medida en que sirven para el propósito egocentrado.

En el plano contrario, el descuido de las necesidades sociales. Puesto que comparadas con el reino impoluto del ideal, las preocupaciones por la economía, la reforma social y la política aparecen como «sórdidas» o «bajas», lo mejor será ocupar en ellas el tiempo y la energía estrictamente imprescindibles. El afecto es la claudicación de hecho ante formas injustas de relación social enmascaradas en la dignidad de la tradición.

La pretensión protestante kierkegaardiana de que en la existencia sólo importan nuestras relaciones personales con Dios adquiere nueva luz cuando tomamos la perspectiva de la separación antropológica.

Naturalismo frente a dualismo

Para evitar estas consecuencias, Dewey propone una naturaleza humana emergiendo desde el seno de la naturaleza. El hombre integra naturaleza y espíritu en forma dialéctica y continua: la moral y la inteligencia marcan etapas de desarrollo de la naturaleza humana, y por tanto de la naturaleza misma. A riesgo de parecer demasiado radical, nada hay en una cosechadora que no sea, últimamente, tan natural como el trigo que corta y recoge.

Hasta aquí, en el plano general en el que gusta Dewey moverse, no encontramos objeciones. Adentrémonos ahora en problemas específicos.

La formación deweyana se cumple en el marco de la recepción norteamericana del evolucionismo darwinista. Hay una crítica significativamente

⁶ *idem*, p. 6.

⁷ *idem*, p. 7.

radical del joven Dewey a la conferencia de T. H. Huxley de 1983 «Ethics and Evolution», según la cual son incompatibles los intereses de la naturaleza y los del hombre. Para Huxley:

«La *regla* del proceso cósmico es la lucha y el conflicto. La regla del proceso ético es la simpatía y la cooperación. El *fin* del proceso cósmico es la supervivencia del más apto; el del proceso ético, la aptitud de tantos como sea posible para sobrevivir. Ante el tribunal ético el proceso cósmico sería condenado. Los dos procesos son no sólo incompatibles, sino opuestos (...). Entendamos de una vez por todas que el progreso ético de la sociedad depende, no de imitar el proceso cósmico, todavía menos de huir de él, sino de combatirlo»⁸.

Dewey elogia el estilo cautivador de Huxley, pero deplora sus conclusiones. Para Dewey, el proceso cósmico es sólo una parte del ambiente modificada por otra parte del mismo: el hombre. Éste no lucha contra el estado de naturaleza, sino que utiliza una porción de este estado para controlar otra porción⁹.

En otros lugares, Dewey insiste en la armonía de lo más apto y de lo moralmente laudable, con ejemplos difícilmente aceptables, y con ampliaciones insospechadas del significado de «lucha» o «supervivencia», llegando a afirmar que también hay una «selección natural» moral en los hábitos que se educan.

En esta ocasión Dewey lleva el naturalismo demasiado lejos, de forma que el concepto mismo de dignidad humana pareciera surgir directamente de la propia naturaleza. Tomemos la idea de que en la selección natural ya hay moralidad:

«Cuanto más grande sea el número de variedades sobre una sección dada de terreno, más individuos pueden mantener una vida vigorosa. *La nueva especie significa un nuevo ambiente al cual ajustarse sin interferir con otros*»¹⁰.

Sostener que se da una especie de *moralidad* en la evolución de los ambientes, pasando por alto la evidencia señalada por Huxley (y antes por Spencer, y aún antes por Schopenhauer) de que en el proceso cósmico -incluyendo la evolución de los ambientes- nada importa la vida de los individuos, y que la piedra angular de la moralidad es precisamente la dignidad del individuo, sólo se puede entender por la idea apriorística transicional (de hecho Dewey acusa a Huxley, injustamente, de dualista) de que

⁸ HUXLEY, T. H., «Ethics and Evolution», p. 81-83, citado en DEWEY, J., «Evolution and Ethics», en *Collected Works*, ed. cit., Early Works V (1972), p. 36.

⁹ Vid. en DEWEY, J., «Evolution and Ethics», *op. cit.*, p. 38.

¹⁰ *idem*, p. 52.

entre la naturaleza y el hombre no hay ningún salto, siquiera sea en el orden de los fines emergentes. Pero no resulta aceptable, bajo el principio de continuidad entre el proceso cósmico y el proceso humano, negar los hechos básicos de que los árboles vecinos consiguen el mejor ángulo de exposición al sol obligando a los menos afortunados a curvarse ineluctablemente hasta la muerte, o que los cachorros más fuertes condenan a muerte a los más débiles, desalojándolos de la tetilla materna; no podemos negar en qué consiste la especialización del depredador, ni la excelencia en el trabajo específico de los virus, en base a una genérica «evolución ambiental».

La crítica a todo asomo de dualismo es aquí más importante para Dewey que el propio método empirista.

Como se ha señalado en otro lugar¹¹, los efectos de esta indiferenciación entre hombre y naturaleza dañan la coherencia de la teoría ética de Dewey. Sin embargo, ¿qué consecuencias éticas podríamos extraer de un naturalismo deweyano ligeramente refinado que fuera verdaderamente «emergente» (es decir, que respetara la novedad universalista del hombre) y no meramente reduccionista?

El aspecto más rescatable de la posición de Dewey radica en que los impulsos naturales no aparecen como moralmente buenos o malos, sino tan sólo como elementos neutros de la conducta que serán bien o mal utilizados en la fase crítica de la misma, pero que forman en cualquier caso la tierra sobre la que se ha de vivir moralmente. Al afirmar «lo que era instinto en el animal es impulso consciente en el hombre»¹² Dewey rehúye la cuestión clave de si la naturaleza es o no contraria al ideal moral, y una vez más olvida lo que no desea tratar. Pero en Dewey, la oposición no debe buscarse entre un orden natural y un orden moral, sino entre un órgano ajustado al estado pretérito y el funcionamiento que requieren las condiciones presentes: éste es el aspecto que sí nos interesa preservar de la desacertada crítica deweyana: la herencia animal se condensa en los impulsos, los cuales no son morales ni inmorales, sino materiales que nosotros moldeamos en un sentido constructivo o destructivo.

Hay una acepción de «naturaleza» que se aproxima a lo que nuestro autor quiere significar, y que puede hacerla inteligible; aquella según la cual, cuando un extranjero adquiere los derechos y privilegios que poseen los naturales de un país dado, decimos que se «naturaliza». También el hombre se «naturaliza» al ingresar, partiendo de la inmediatez, en el reino de la mediación simbólica e inteligente; ingresamos, al modo aristotélico, en una nueva forma de naturaleza, no menos natural que aquella de la cual partimos.

«La naturaleza, tal como existe en un momento particular, es un reto más que una conclusión; facilita posibles puntos de partida y

¹¹ CATALAN, Miguel, *John Dewey: superación del dualismo y teoría del valor*, (tesis doctoral), Valencia: Universidad de Valencia, 1991. pp. 356-387.

¹² DEWEY, J., «Evolution and Ethics», *op. cit.*, p.53.

oportunidades más que fines acabados¹³.

La naturaleza misma, en tanto mediada por la simbolización humana, no se constituye en modelo ni en guía de dirección, sino en punto de partida (regularidades de la naturaleza, impulsos de la naturaleza humana) que reclama intervención y moldeado; en términos deweyanos, reconstrucción y cambio. Dewey, contra ciertas formas estéticas de considerar la Naturaleza, estima acertadamente que está ella misma en proceso (el «tejido conjuntivo» del que habla ingeniosamente J. E. Smith)¹⁴, y que nos queda sino echar una mano en ese proceso en marcha.

La ayuda a ese proceso se efectúa desde la inteligencia, es decir, desde el corazón mismo del proceso, una conclusión no sólo asumible por quien escribe, sino perfectamente compatible con el reconocimiento de que tanto el universalismo como el concepto de dignidad humana son principios emergentes que no hallaremos nunca rebuscando en el oscuro cajón de los fines naturales.

(Abril, 1992)

¹³ DEWEY, J., *The Quest for Certainty*, en *Collected Works*, ed. cit., Later Works, vol. IV, p. 81.

¹⁴ Para el análisis de las relaciones entre naturaleza y cultura en Dewey, vid. SMITH, J. E., «John Dewey: Philosopher of Experience», en HENDEL, Ch. W. (ed.), *John Dewey and the experimental spirit in Philosophy*, Nueva York: The Liberal Arts Press, Inc., 1959, pp. 95 y ss.